

su pueblo de la usurpación y del desorden que reinaban en los países cercanos. Lo logró, y durante cuatro siglos ningún cambio político ni social se efectúa en aquel pueblo guerrero ante todo, valeroso á toda prueba, indómito y á la vez obligado por sus leyes á ser respetuoso y obediente, pero que cierra sus oídos á los llamamientos de la ciencia y del arte y sofoca en su corazón los sentimientos amorosos, base de todas las instituciones fecundas.

Uno de los ideales de Licurgo y de los legisladores que le siguieron fué el de conservar en Esparta una austera y altiva pobreza, proscribiendo las artes y la industria que embellecen la vida; buscaban la virtud y creían que por esos medios la arraigarían en el corazón de sus compatriotas, y sólo alcanzaron formar un pueblo de orgullosos indolentes, atentos tan sólo á caer sobre los demás Estados de la Grecia, devastándolos durante la guerra, y, vencedores, haciéndoles apurar todas las amarguras de la derrota.

Tales son los principales rasgos que nos ofrecen las instituciones sociales y políticas de Esparta. Ese pequeño Estado helénico encerrado desde sus primeros tiempos históricos en un círculo estrecho y mezquino, pudo tener un periodo brillante mientras le fué posible vencer por medio de las armas; pero los demás Estados griegos acabaron por unirse en su daño, animados de un solo sentimiento, odio inextinguible al común enemigo, eterno perturbador de la paz y del derecho ajeno. Y el día en que una más poderosa nación arrasó á la orgullosa Esparta y la borró de entre los estados libres de la Grecia, no hubo quien dejase de celebrar su pavorosa derrota, y aun la misma Historia, al evocar su recuerdo, no tiene para ella ni amor ni elogios, aureola esplendente que sólo fulgura, á pesar del tiempo y del espacio, sobre las tumbas de los pueblos que concurren á la labor incesante del progreso!

México, 15 de Junio de 1901.

MARÍA C. VIGNATI.

FAROS.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

De todos los agentes físicos que impresionan nuestros sentidos ninguno hay que tenga tanta importancia como la luz, sin la cual no conoceríamos la forma de los objetos, ni los colores de las hermosas flores, ni mucho menos podríamos observar los maravillosos fenómenos luminosos que se verifican en nuestra atmósfera; y todavía más, no conoceríamos esa infinidad de mundos que llamamos astros y que tanto admiran y atraen la atención del sabio y del hombre de estudio.

La luz, sujeta á leyes inmutables, domina al universo con prodigiosa variedad; respecto á su brillo, tonos, colores y matices se presenta á nuestra vista para que admiremos sus fenómenos en el aire y en las nubes, en la superficie del suelo y en las aguas. Por la luz la Naturaleza adquiere los aspectos más diversos, siendo unas veces alegre, sonriente, matizada de suavísimos colores, ora sombría, triste, monótona y llena de contrastes violentos, finalmente deslumbradora, armoniosa y vivamente coloreada. Y en todas sus manifestaciones es para el artista y para el hombre de ciencia una mina inagotable de asuntos de estudio y de investigaciones para unos, de admiración para otros.

La simple vista basta para proporcionarnos preciosos medios de investigación científica; pero cuánto más eficaces cuando los observamos por medio de instrumentos basados en el conocimiento de las leyes de los fenómenos luminosos.

Gracias al telescopio, la Astronomía se ha ampliado extraordinariamente, y el hombre que en un principio se limitaba en la contemplación de los astros visibles á la simple vista, hoy puede conquistar regiones desconocidas del universo, pobladas de mundos innumerables relegados á distancias aterradoras.

Del mismo modo el microscopio nos ha enseñado á conocer el mundo de lo infinitamente pequeño, y puede descubrir el secreto de la constitución íntima de los seres cuya existencia ni siquiera se sospechaba antes.

Pero no solamente debemos considerar la luz con relación á su importancia intelectual ó científica, sino también con relación al gran servicio que presta á la humanidad, por ejemplo: los faros, aparatos que sirven para asegurar su camino al navegante, que no dejan ningún puerto en la obscuridad, venciendo así una vez más á la Naturaleza.

Según ciertos autores, los faros, esas luces que iluminan las costas y que se colocan lo más alto posible para que se distingan á grandes distancias, se llaman así porque el primero que se construyó se instaló en el islote de este nombre en Alejandría; pero hay otros que dicen que se deriva de la palabra egipcia «Phrah» que significa Sol.

Los primitivos faros eran unos braseros de carbón colocados en las cimas de las montañas; pero poco á poco se fueron perfeccionando hasta que el físico Borda los sustituyó por lámparas de reflectores.

Teulere, Argant y Arago los modificaron y Fresnel usó en 1821 los espejos paraquóicos de lentes escalonadas, estableciendo así el faro moderno.

Desde este tiempo las costas de Francia, de Dunkerque y varias otras fueron alumbradas por faros de todas clases de tal modo que no hay ningún puerto que permanezca sin luz.

Los faros pueden comprenderse en varias clases según que sean fijos y de un solo color ó que sean de varios colores. También se dan á conocer por la intensidad luminosa ó en fin por la distancia del focal del aparato óptico.

El aparato óptico es un faro fijo pues está formado por una lente convexa al rededor de la cual se encuentra una multitud de segmentos anulares; así es, que los rayos desprendidos del foco luminoso que se halla en el centro tienen la misma intensidad luminosa en todas direcciones.

Este aparato es de forma cilíndrica.

Hay otros que al girar proyectan alternativamente en el horizonte haces de luz y de sombra debido á sus ángulos, pues tienen una forma poligonal.

Entonces se llaman faros de eclipses.

Las denominaciones de los faros dependen de que sus rayos sean débiles ó intensos, de que sean de diversos colores, de su poder luminoso y del número de destellos que envían por minuto.

En el primer orden están comprendidos aquellos cuyo foco luminoso tiene una intensidad que alcanza una distancia de 50 á 53 kilómetros; previenen pues á grandes distancias la aproximación de una costa. Para los faros fijos se requiere el color blanco y para los otros los demás colores.

Los de segundo orden son también muy extensos aunque menos que los primeros.

Su alcance luminoso es de 37 kilómetros.

Señalan los escollos, los bancos de rocas y las capas secundarias.

Los del tercero indican la entrada de las radas y alcanzan á 25 kilómetros.

Los del cuarto corresponden los fuegos de los puertos y de los muelles; solamente se distinguen á unos 3 ó 4 kilómetros.

En 1857 el hombre dió un nuevo paso hacia el progreso al utilizar la luz eléctrica en el alumbrado de los faros. Por primera vez brilló en Blackwell (Inglaterra) un faro que sobrepasó á todos los que existían por tener mayor alcance luminoso.

Al año siguiente, en 1858, se puso luz eléctrica al faro de Sowth-Foreland y los resultados fueron tan satisfactorios que los franceses imitaron á los ingleses, y también colocaron la luz eléctrica en los principales puertos de su nación, siendo el faro de la Héve uno de los principales del mundo por su intensidad luminosa que alcanzaría á 30 kilómetros de París si la esfericidad de la tierra no impidiera ver la luz á esa distancia.

Es notable el faro de Eckmühl inaugurado en el año 1897 en las rocas de Pemnarç'h. Su intensidad es tal vez mayor que la del faro de la Héve gracias á una modificación hecha en el aparato óptico de manera que los destellos de luz que envía se calcula que equivalen á 10 millones de picos del sistema Carcel.

El aparato eléctrico de los faros consiste sencillamente en máquinas magneto-eléctricas, ó en dinamos de corrientes alternativas que van á alimentar á unas lámparas de arco de regulador automático, los cuales se colocan exactamente en el foco del aparato óptico y se encienden instantáneamente por medio de dos contactos.

Como además de la electricidad se empleó la refracción de la luz, los faros se llamaron faros de reflexión.

Pero su resultado fué tan mediano que pronto tuvieron que buscar otro sistema más favorable. El faro de Cordouan tenía 24 lámparas, cada una con su reflector; pero sin embargo de tener tantas, su luz era bastante escasa. El mal consistía en la forma esférica de los reflectores que sólo proyectaban ciertos rayos en la dirección deseada. Esto fué lo que obligó á Teulére á sustituir los antiguos espejos por otros de forma parabólica.

Aquí la intensidad no decrece con la distancia, pues encontrándose una lámpara en el foco todos los rayos se proyectan formando un haz cilíndrico.

La luz se debilita más y más á medida que las brumas ó capas de aire son más gruesas.

También se debe á Teulére la sustitución de las lámparas primitivas por las de doble corriente y más tarde por las Carcel.

El faro de este inventor consiste en tres círculos superpuestos que giran al derredor de una lámpara que tiene el mechero fijo en el eje de rotación; así es que al dar una vuelta la luz llegaba con mucha uniformidad á todos los puntos del horizonte.

Hay otro aparato catóptrico que se compone de varios reflectores parabólicos reunidos de tres en tres que al dar una vuelta completa por medio de un movimiento de relojería hace que haya tres destellos y tres eclipses.

La ventaja que tienen los faros de eclipses es que no se confunden con las estrellas y así no puede equivocarse el navegante al continuar su camino.

Estos espejos hubieran sido quizás los utilizados para el fin que se proponían, pues con un espejo de 81 centímetros de abertura se despedía una luz visible á 40 leguas, á no ser la considerable pérdida de la luz así como la descomposición de lo bruñido del espejo por las substancias salinas que contiene el aire en esos lugares.

Entonces Fresnel inventó los aparatos lenticulares en los cuales utilizaba la refracción en vez de la reflexión. Estos recibieron el nombre de faros de refracción ó dióptricos.

Tenemos que considerar también los buques-faros que prestan un gran servicio al hombre por alumbrar todos los pasos peligrosos, para que el marinero tenga noticia del riesgo que corre al aproximarse á ese lugar, pues como el faro se encuentra á la mayor altura del mástil de un buque, aquél puede precaverse del peligro y evitarlo.

Debemos decir que los buques-faros son de creación inglesa pues dos londonenses fueron los primeros en establecerlos á la entrada del río Támesis.

Hay varias clases de alumbrados eléctricos para estos faros, pero el más moderno consiste en lámparas de arco ó en tres lámparas incandescentes de 100 bujías cada una encerrada en gruesos faroles de vidrio doble.

Los lugares especialmente escogidos para la instalación de los faros son aquellos donde sería difícil si no imposible construir edificios de fierro ó de piedra.

En Francia hay relativamente pocos, porque no hay muchos escollos que interrumpen la línea de navegación: en cambio, en Inglaterra que hay tantos escollos, la necesidad de ser bien conocidos aquellos lugares ha hecho que los ingleses se ocupen de señalarlos distribuyendo en sus costas los buques-faros.

Anclados cerca de los arrecifes á distancias considerables, están aislados de todo el mundo, circunstancia por la cual se han preocupado los ingleses para lograr poner un medio de comunicación.

La electricidad parecía ofrecer un medio fácil de resolver la cuestión y se pensaba que un simple cable extendido entre el buque y la costa bastaría para que fuese posible telegrafiar, telefonar y corresponder en fin de una manera cualquiera, pero regular y segura. Pronto fueron desengañados, y durante algunos días los cables quedaron rotos por el incesante frotamiento de las cadenas del fondeadero y los movimientos del buque, el cual, bajo la acción de las mareas y de los vientos, describía un círculo al rededor de su punto de rotación.

Como las experiencias no han sido interrumpidas, se ha encontrado que el sistema Marconi resolverá pronto el problema y entonces podrán los buques-faros comunicarse con las costas y aun con los navíos transeuntes.

Actualmente entre los 46 faros que alumbran las costas de Francia, 10 son eléctricos; el de la Héve que antes he mencionado y que está compuesto de dos faros fijos, el de la Palmyre de dos colores (rojo y verde), el de la Conche (dos fuegos fijos), el de Gris-Nez y el de Dunkerque (de fuego centelleante).

Pero ninguno de éstos es tan notable como el de la torre Eiffel que es el más elevado del mundo pues solamente la tercera plataforma se encuentra á una altura de 266 metros sobre el nivel del suelo, de modo que no es necesario subir más alto para distinguir claramente los detalles del campanario y la flecha en que termina. Este campanario está formado de cuatro paredes de enrejados terminados en arco, los cuales

sostienen el faro cuyo poder y alcance luminosos son también de gran potencia.

Se sube hasta el aparato óptico por medio de una escalera. Otras cosas dignas de mención son la variedad de colores que este mismo aparato tuvo durante la Exposición de 1889, pues cada noche emanaba rayos rojos ó blancos ó verdes, así como los 28 focos que se encuentran colocados á tres alturas y que tienen igual intensidad haciendo un total de 3,000 Amperes.

También los mexicanos han procurado iluminar las inmensas costas del Golfo y del Pacífico, y según el último informe leído por el Primer Magistrado de la República, los faros con que cuenta México son los siguientes: hasta 1872 no se habían instalado más faros que los de Ulúa en 1800, el del Sisal que después fué suprimido en 1850, el de Campeche en 1859, el de Xicalango en 1866 y el de Benito Juárez, de Veracruz, en 1872.

En 1896 se habían instalado veinte más, de los cuales 14 entre los años de 1891 á 1895. Hacia esa época se contaba una luz por cada 140 kilómetros de costa en vez de una sobre cada 300 como en 1890.

Entre 1896 y 1900 se han instalado otros 13 además de las luces de enfilación de Coatzacoalcos y las balizas luminosas de la Blanquilla, en Veracruz, de Rizo en Anton Lizardo, y en el semestre que terminó en Marzo se inauguró otro en la isla Pérez, al Norte de Yucatán.

¡Qué grato y qué dulce debe ser para el marinero, después de haber permanecido meses enteros entre las lobregueces del mar, sin más panorama que el cielo gris y encapotado como bóveda de plomo, y la inmensa extensión de agua espumosa y agitada, distinguir á lo lejos la luz centelleante que le indica que ya está cerca la tierra firme, que ya va á pisar la tierra adorada donde le esperan los besos de su anciana madre y las caricias de su fiel esposa! Y aquellas buenas y santas mujeres llorarán de gozo al distinguir entre las negruras de la noche las luces de la embarcación que se acerca.

¡Que la instrucción que recibimos en esta Escuela bendita

sea el faro que alumbre nuestra existencia y que sus destellos puedan no sólo iluminar nuestro hogar, sino también el camino sonrosado del porvenir!

México, 22 de Junio de 1901.

ISABEL GONZÁLEZ GARCÍA.

LOS PEQUEÑOS DEFECTOS

Y

LAS GRANDES CUALIDADES DEL NIÑO.

SEÑORITA DIRECTORA:

SEÑORES: COMPAÑERAS:

No creais que vengo con la idea de presentaros un trabajo digno de vuestra atención, pues carezco de dotes oratorias, y en el desarrollo del tema que se me ha confiado no hallaréis conceptos elevados y sublimes, ideas revestidas de elegancia y un estilo galano y florido, en razón de que ni las condiciones de mi inteligencia son felices, ni el cultivo de las letras florece en mí; de lo que trato únicamente, es de cumplir con un deber y tener el gusto de satisfacer las disposiciones de mis superiores; por tanto, pido vuestra indulgencia para juzgar este pequeño y humilde trabajo.

Hay muchas madres que aplauden y ven gustosas la viveza con que un niño procura su propia comodidad, sin preocuparse de la de sus hermanos, ni aun de la de su madre; de la pequeña que con demasiado imperio manda á sus hermanos, haciendo sus caprichos y necedades, y llenas de contento y con gran alegría dicen que tienen entre sus hijos un niño «comodín» y una muchacha «tirana.»

Pero ¡ay! cómo son dignas de compasión estas madres que creyendo hacer un bien, lo único que hacen es labrar la desgracia de sus hijos con este cariño mal entendido, pues el verdadero, el que una madre debe tener á sus hijos no consiste en buscar su desdicha, sino por el contrario, en procurar su felicidad.

¿Y nos preguntarán estas madres cómo les proporcionaremos ésta?

Porque su imprevisión, unida al excesivo cariño que creen profesar á sus hijos les hace no ver las faltas que cometen, ni los defectos, ni las pasiones que van adquiriendo. Con demasiada satisfacción dicen ellas: si ahora que están en la edad en que pueden y deben divertirse, no gozan, ¿cuándo gozarán? si bastante tienen que sufrir en el transcurso de la vida, ¿por qué lo han de hacer desde ahora? A esto contestaremos que sí es cierto que es la edad en que deben divertirse, pero no por esto se les ha de dejar que adquieran malos hábitos.

Pues en el niño, en este pequeño ser que comienza á formarse, hay necesidad de corregir las malas inclinaciones desde el principio, por insignificantes que parezcan, porque si éstas se van desarrollando conforme va creciendo, llegarán á tomar tales proporciones que serán su desgracia.

El medio que debe emplear la madre para evitar en el niño «comodín» este defecto, consistirá en hacerle palpable lo triste que es ver que nuestros semejantes no se preocupen por uno; para hacerlo patente habrá necesidad de quitarle, si es que ha tomado el mejor manjar, y repartirlo entre sus hermanos; si ha tomado el asiento más cómodo, sin cuidarse de que su madre se encuentra de pie, entonces lo quitará para que así vaya comprendiendo y observando la necesidad que hay de respetar el derecho ajeno y de cuidar en lo posible del bien de los otros y no querer todo para sí.

Si la madre no corrige este defecto, calificándolo de pequeño, lo que hace es que vaya formando raíces en el corazón del niño y llegue á convertirse en el fatal «egoísmo», cuya pasión

puede conducirlo hasta el cadalso, porque aquel que no tiene cariño á ninguno, que no participa sus dolores y sus alegrías con nadie, que la humanidad entera es nada para él, ¿cómo podrá más tarde ser capaz del menor sacrificio en bien de la humanidad?

Otro tanto sucede con la pequeña dominante; ésta se acostumbra de tal manera á ser obedecida, que más tarde llega á convertirse en un azote para la humanidad, porque como en su esfera de acción no le es posible imponer su voluntad, lo que hace es imperar sobre su marido. ¡Y cuán abominable es ver un matrimonio donde la mujer sea la que mande! porque allí, en ese santuario donde se reúnen dos almas para labrar su felicidad, cada uno tiene sus deberes señalados, y al hombre toca, y no á la mujer, mandar; á ésta le están encomendados los deberes más nobles y sublimes, como son: la educación de los niños y el cuidado de la familia, para dar á la patria miembros que sepan recompensarla procurando su adelanto.

¿Qué sería de nosotros sin los hombres que con tanta maestría dirigen al pueblo y se afanan por el progreso del país, si á estos hombres no se les hubiera educado; si se les hubieran dejado sus pasiones ó defectos? En vez de ser unos ciudadanos útiles, serían, por el contrario, las plantas malélicas que únicamente infestan y contagian á los que se acógen á su sombra.

Si es peligroso que la mujer tenga un defecto, ahora que por la poca civilización necesita del auxilio y protección del hombre, ¿qué será cuando ella llegue á bastarse á sí misma? Tenemos la esperanza de que con el transcurso de los años llegará por medio de su trabajo y constante esfuerzo á proporcionarse en lo posible lo que necesita; y entonces ¿qué será de aquella que tiene muy desarrollado este defecto, que su madre hubiera muy bien podido desterrarlo cuando se encontraba pequeña?

Así como deben corregirse estas malas inclinaciones, debe también limitarse el desarrollo de las buenas cualidades.

Muchas madres creen necesario estimular al niño á fin de que se desarrollen indefinidamente las buenas cualidades que

posee, y no saben que lo que hacen con esto, es dirigirlo al extremo opuesto, es decir, que en vez de ser bueno para con sus semejantes, llega á convertirse en un sér egoísta. Pues si al niño que es abnegado se le deja desarrollar esta cualidad, se acostumbra á dar á sus hermanos y amigos todo lo que tiene, más tarde cuando ya sus fuerzas se hayan agotado, cuando ya no pueda ni proporcionarse ni lo más necesario, entonces sufre por tener que luchar por una parte con el hábito que tiene de hacer el bien, y el no poderlo hacer le causa dolor y amargura, y por otra con las personas que saben que posee esta cualidad y acuden á pedirle, porque éstas cuando reciben una negativa no la comprenden, y lo que hacen es reprocharle su conducta; y entonces llega el momento en que se pone á comparar la conducta ajena con la suya, de lo que resulta que cambia completamente de parecer, y en vez de ser generoso se vuelve egoísta.

Muchos dudarán de esto, porque increíble les parece que tan bella cualidad como lo es la abnegación pueda transformarse con el transcurso del tiempo en el repugnante egoísmo; pero sus dudas se desvanecerán cuando hayan observado las fases por donde va pasando el niño y los obstáculos que tiene que atravesar en el escabroso camino de la vida.

Lo mismo que le sucede al «abnegado» puede sucederle á la persona que posee la cualidad de la «complacencia:» ésta es una hermosa cualidad muy extendida entre nosotros, y consiste en hacer abstracción por un momento de nuestra voluntad y ejecutar todo por el deseo de halagar á las personas que apreciamos. Así vemos que una persona tiene necesidad de asistir á una cita á determinada hora, y en los momentos en que va á salir, llega una amiga á suplicarle la acompañe á dar un paseo; ésta, por no causarle un disgusto con su negativa, cede con perjuicio de su salud y hasta de su honra, porque el haber faltado á la cita puede traerle graves resultados si en ésta se trataba de sus propios intereses. Hay necesidad, por esto, de saber que si hacemos uso de la complacencia con exceso, puede ser causa de perjuicios tan graves, como son los

que ocasiona la «debilidad de carácter» por no tener voluntad propia, ser inconstante en nuestros propósitos, cambiar frecuentemente nuestra opinión, en fin, dejarnos dominar por otro que con mucha facilidad puede conducirnos al mal.

¿Quién no conoce el triste fin que tuvo Maximiliano, quien dejándose guiar por las indicaciones de su esposa, por el excesivo cariño que le profesaba, llegó á perecer en manos de los que primero fueron sus adeptos, es decir, de los que le ofrecieron y dieron la corona y que más tarde se convirtieron en sus más temibles enemigos? Sabido es que cuando pasó á Roma á presentarle sus respetos al Sumo Pontífice, todos le aconsejaban no aceptara la corona, porque sabían que nunca los franceses podrían poseer en México más terreno que el que materialmente pisasen. Así lo manifestó el conde de Reus, quien habló en estos términos: «En México se derramará mucha sangre, los mexicanos verterán la suya en favor de su independencia, y Francia la de sus hijos por una quimera; pues aunque á costa de ella y de sus tesoros, lleguen las tropas imperiales á entrar en la capital de la República, no por eso harán una monarquía, ni siquiera consolidarán un gobierno. Así es que sépalo y téngalo presente el Archiduque Maximiliano, que si acepta será muy pronto destronado.» Maximiliano, con todos estos antecedentes, no quería aceptar, pero fueron tantas las insinuaciones de su esposa, que se vió obligado á ceder.

Se hubiera evitado esta grande catástrofe tal vez, si hubiese dirigido al pueblo según su parecer, y si hubiera ejecutado todos sus propósitos, hubiera abdicado la corona cuando supo que Napoleón había determinado la salida de sus tropas; tal vez no hubiera caído prisionero ni hubiera muerto en manos de los mexicanos.

Pero por segunda vez fueron contrariadas sus resoluciones por su esposa, porque ella no podía ni quería conformarse con abandonar el poder y tornar á la posición que antes ocupaba; le dijo que iría ella misma en persona á hablar á Napoleón para exigirle el cumplimiento del tratado de Miramar, y ya to-

dos sabéis la contestación que obtuvo, el estrago que hizo ésta en su persona y el doloroso fin á que fué reducido el Archiduque Maximiliano.

Increíble parece que hombres dotados de gran talento, de nobles y profundos pensamientos, de gran experiencia, lleguen á convertirse en el caos de la nada, solamente por «agradar y complacer á la mujer que aman.»

Con demasiado sentimiento se ve día tras día multitud de hombres expertos, de hombres que son útiles á la patria por su instrucción y sus buenas cualidades, convertirse hasta en traidores á ella, y hasta sucumbir en la miseria y el dolor, por «dejarse guiar por sus caras compañeras;» que éstas, olvidando su verdadera misión, se apoderan de los derechos del hombre y llegan á hacer su desgracia y la de sus esposos.

Por esto aconsejamos á las madres inculquen en sus hijos la complacencia, pero sin procurar su excesivo desarrollo, porque acarrea fatales consecuencias: debe hacérsele saber á la madre que tiene que preparar al niño para vivir en sociedad, para habitar en el mundo donde se encuentran la maldad y el bien, teniendo que luchar brazo á brazo con nuestros enemigos, donde ya no tenemos á la madre cariñosa que nos guíe por la senda del deber, donde tenemos que caminar solos por la escabrosa ruta de la vida.

Si vemos á un ciego que camina sin diestro, pensamos que con el primer obstáculo que encuentre á su paso tropezará, y no nos fijamos en que lo mismo que le sucede al falto de vista puede pasarle al niño que tiene un defecto ó que se le han dejado desarrollar indefinidamente sus buenas cualidades, porque como ya dije, llegan á convertirse en grandes defectos después de haber experimentado infinitas amarguras.

Siendo que á la mujer toca, y no al hombre, corregir esto, hay necesidad de suministrarle algunos conocimientos que le sirvan de guía en la hermosa mansión que tiene que habitar. ¿Pero dónde podremos proporcionárselos si no en las aulas, en este templo donde los conocimientos que se obtienen son profundos?

Mas ¿de qué servirían nuestros esfuerzos si no contáramos con el valioso y eficaz auxilio del Supremo Gobierno, que consagra especial cuidado al mejoramiento de los planteles de sabiduría, y que tienen como estrellas precursoras de felicidad, Directoras ilustradas que se afanan sin descanso por inundar de luz la escabrosa senda que cruzamos?

Por lo tanto, amables compañeras, luchad contra la noche de la ignorancia para alcanzar una corona digna de vuestro mérito, y para que podáis pagar la deuda contraída con vuestros padres y maestros, dando á la patria hijos que procuren por su adelanto y progreso.

México, 22 de Junio de 1901.

ASUNCIÓN HERNÁNDEZ CAVAZOS.